

tos de caricias. A oscuras, abrazados por los talles subieron la escalera, como en su primera noche de amor; igual que entonces se poseyeron bajo un rayo plateado de luna que transparentaban los vidrios de la alcoba.

VI

No fué aquella noche un resurgimiento, un retorno a las pasadas épocas. Paréntesis brevísimo fué abierto sobre la indiferencia de Tomás por una sacudida artística, por una emoción teatral extraña al amor; al término de aquel doloroso paréntesis, veía Encarnación horas más o menos largas de hastío en el corazón de su amante. Tras ellas vendría el epílogo, el apartamiento definitivo del varón.

Tomás se le iba de las manos. Estaba aún en casa de la amante, pero no estaba en el corazón de la amante, ni siquiera en el cuerpo estaba. Más de una noche (noches largas y crueles aquéllas) prensó su cuerpo contra el de él, sin que él lo advirtiera, sin que una vibración de sus nervios, un celeroso latir de su sangre respondiera a la caricia muda y desesperada de la infeliz mujer.

Le perdía. «¿Qué hacer para evitarlo?», se pre-

guntaba a cada instante Encarnación; perdida, sin rumbo en aquel naufragio de su dicha, apelaba para salvarse a los más opuestos recursos. Casi todos, a cuenta de atenuarla, agriaban la situación. Unas veces provocaba escenas celosas que desesperaban a Tomás, haciéndole huir del domicilio para regresar a él muy tarde, sombrío y regañón; otras veces era con súplicas, con sollozos mendigadores como se arrastraba a los pies de Tomás. Él, tras consolarla con frases de amor, a las que faltaba una sola cosa, el amor, concluía por encogerse de hombros y decir con brutal impaciencia: «Estás loca. ¡Cualquiera convence a una local... Haz por tranquilizarte; de este modo no es posible vivir, ni trabajar, ni pensar, ni nada. A ver si a mi regreso te encuentro más tranquila y pasamos una hora, media, sin escenas dramáticas y sin llantos que me llegan al corazón, pero que no tienen fundamento.» Temerosa de que celos y lágrimas acabaran de arrebatárselo, reprimía unos, enjugaba otras y le recibía en toda ocasión, aun después de largas ausencias, placenteramente, con la risa en la boca y el contento en los grandes ojos oscuros. Al despertarse Tomás, hallaba prevenida su mesa de trabajo. Mientras desayunaban le interrogaba Encarnación a propósito de su drama, de sus artículos, del periódico, de cuanto podía complacerle; luego acercaba el sillón a la mesa, venía hasta el joven trayendo la pluma entre los dientes como una perrita amaestrada, y le empujaba hacia las cuartillas, dándole con el pecho en la espalda, echándole por uno

de los hombros sus hermosos brazos desnudos. Si él, pretextando ocupaciones, salía y no aportaba por la casa hasta las horas de comer, con igual complacencia, con igual agrado que en la mañana salía a recibirle; hasta bullanguera y chistosa mostrábase durante la comida. Finada ésta, le servía el café, invitándole a quedarse, a escribir junto a ella, mientras liaba ella las ruedas de pitillos; lo mismo, si él tornaba a salir, comportábase durante la cena o a última hora en los retornos borrachos o desdeñosos de Tomás. ¡Siempre con el afecto en las sonrisas de su boca, siempre mendigando una limosna de cariño con sus ojos, donde las lágrimas, esclavas de la voluntad de su dueña, no se atrevían a salir!

Como Tomás dijera una vez, respondiendo a un «¿Por qué no te quedas a trabajar en casa?», «Es que aquí vienen tus amigas y los hombres de tus amigas y toda esa gentuza me carga», cerró a piedra y lodo sus puertas a los visitantes. Ya no había pretexto; ya podía trabajar solo. En la soledad Tomás bostezaba, y concluía por llevar a Encarnación a la taberna de la Paca o a otro parecidos lugares, donde tertuliaba «la gentuza» a quien echaba el muerto de su aversión al domicilio.

Entonces era cuando Encarnación tornaba a sus enojos y sus lágrimas; entonces cuando él salía furioso del hogar y decía encarándose con cualquier amigo, si éste le hablaba de la bondad de su querida: «Muy buena, incapaz de faltarme, la propia seriedad y la propia honradez metidas en carne toledana.

Pero insoportable, completamente insoportable. De algún tiempo acá ha dado en la flor de la celera y del lloriqueo. ¡Calculáte qué diversión! Y echaba camino del periódico murmurando para sus adentros: «Si esa criatura no cambia me voy a divertir. ¡Qué remedio! —añadía—. ¡Paciencia!... Es una carga que me eché encima y que no puedo arrojar sin motivo. Como buena, es buena; pero molesta, se ha vuelto muy molesta. En fin...»

Con este «En fin» prolongándose por su imaginación, llegaba Tomás a *El Rebelde*.

En el periódico respiraba a sus anchas. Sentado frente a su mesa de despacho olvidaba la casa de la calle de los Dos Amigos. Retrepándose contra el sillón, revolvía cuartillas, daba lectura a su correo, rehacía el modelo del semanario; tachaba y retachaba los párrafos del artículo-programa, escrito con seis meses de anticipación, y saboreaba una taza de café, una copita de cognac y un cigarro puro, cargados invariablemente a los gastos administrativos.

A la husma de otros cafés y de otras copas, acudían los del cenáculo. No pocas tardes se entraba por las puertas Paquito, con el secretario a la vera. Cuando ello ocurría, el cognac menudeaba entre los tertulios, los puros se convertían en brevas peseteras. A veces iba Pepita Valdenebro; entonces no eran café, copas y brevas el consumo; eran pastas, Champagne y Águilas Imperiales, que la aristocrática golfista brindaba con espléndida osuneca. No en balde ostentaba el de Girón entre sus apellidos.

Se hablaba de todo: de lo más serio y de lo más idílico, de lo más noble y de lo más canalla. África, la huérfana del general Mendaro, acudía a estas reuniones. Acudía sola. «Las mujeres decentes no necesitan que ninguno las acompañe», solía su madre decir. «Y las que no son decentes, tampoco», apostillaba Gaso, que estaba por aquel entonces en turno con la chiquilla de las coplas.

El periódico aparecería pronto; a fin de mes. Iba a ser un número estupendo. Rebeldía por todas partes; sin timideces, ¿eh?... Algunos artículos levantarían roncha. Un escándalo y a continuación un par de duelos; ¿qué comienzo mejor? Así verían público y no público que cuanto aquellos mozos daban al viento con sus plumas, lo sostenían con el acero o con el plomo. Para confirmarlo descollaban en las paredes dos panoplias con floretes, espadas francesas y españolas y pistolones de combate; había a más en las panoplias, coronándolas, mazas de armas y hachas del siglo xii. «Esto para recibir a los ingleses —exclamaba Pérez Guerrero—. Son armas de abordaje, e Inglaterra es un pueblo francamente marítimo. A cada cual lo suyo.»

Cuando por la noche salían del periódico, que suplantara, en razones de economía y libertad, a la tertulia de Lisboa, echaba cada redactor por su lado. Tomás dirigía sus pasos a la reja de Luisita Mazini. Allí, unas noches a oscuras, otras a los brillos lunares, eran sus ensoñamientos artísticos, ribeteados de cortejo, con la doncella de mirar triste y de

sonrisa melancólica. Interesante figura la de aquella muchacha pálida, amenazada por la tisis, para quien acaso muy pronto fuera la tumba único escenario, y el de muerta, sólo personaje posible. Asiendo por entre los hierros las manos de Tomás, hablaba la Mazini de su porvenir teatral. Véase ya gran actriz, sugestionadora de multitudes, viviendo los tipos imaginarios del poeta tal que realidades. ¡Pues qué!, ¿la vida no ofrecía diariamente las escenas y las imágenes que los poetas ensoñaron? ¿No era un paso de Julieta y Romeo el que ella y Tomás representaban en la reja? ¿No parecía Tomás, cuando con la boca en el oído de Luisa recitaba sus versos, Petrarca trovando a su Laura? ¿No eran trasunto de Leonor y de Manrique, de Isabel y Marsilla, de la María andaluza y del castellano don Pedro?... «Vivamos en esta hora — exclamaban a dúo — el amor de esos amadores sublimes.» Y lo vivían y eran todos los grandes amadores juntos los que se besaban en su boca y se confundían en sus brazos. Extraño amorío, durante el cual ni ella amó para él, ni él para ella; amaban por otros y para otros. Ellos eran lo menos en aquel poema romántico representado por ellos a la luz de la luna.

Tarde, a punto del alba, llegaba Tomás al domicilio; acariciaba distraídamente a su compañera, y fingiéndose rendido por el trabajo o por el sueño, cerraba los ojos para ir con la imaginación lejos, muy lejos, más lejos cada noche de la mujer que al lado suyo dejaba caer, párpados abajo, lágrimas silenciosas.

VII

Faltaban tres o cuatro días para que *El Rebelde* se voceara por las calles. Fué ello en ocasión de celebrar su fiesta onomástica el acreditado *Susini*, y en ocasión también de estar próximas las fiestas organizadas en honor al casamiento del monarca constitucional que gobernaba España. Iban a acudir a la fiesta príncipes, magnates, personajes de todas las naciones, y la Policía andaba muy despierta para librar a Madrid de gente maleante.

El Susini, que había dibujado y cobrado en las dos últimas semanas tres o cuatro planos estupendos, donde la alcantarilla madrileña se ofrecía a los menos expertos tan fácil de recorrer como un salón, quiso festejar su santo a todo rumbo. Con tal propósito organizó en casa del *Chirimba*, merendero clásico de las Ventas, que por su apartamento a toda libertad se presta, un gargantuesco banquete. Debía

de comenzar a las ocho de la mañana para concluir cuando lo decretase el mosto, y estaba invitada la nata y flor de la andante ladronería, con más tres o cuatro amigos particulares del anfitrión, entre los cuales se contaba Tomás: no pudo éste negarse al requerimiento de quien siempre le trató con respetuoso y noble afecto. No reza con los artistas—así al menos discurría Tomás—la meticulosidad en las relaciones sociales. A todas partes, y con toda gente, deben acudir, para que la vida, mostrándoles sus aspectos múltiples, vaya ofreciéndoles modelos y ensanchando el horizonte de sus inspiraciones. Acaso tuviera razón el poeta al expresarse así; acaso no tuviese llegando a la intimidad con determinados grupos e individuos sociales. Lo cierto es que aceptó el convite, que a las diez de la mañana se apeó con Encarnación del tranvía que conduce a las Ventas, e hizo camino hacia las cuestas verdeantes que llevan al merendero del *Chirimba*.

Era espléndido aquel día primaveral, rico en azules de cielo, en rayos de sol y en tibiezas acariciadoras del aire; las hierbas campesinas formaban sobre el suelo tapiz; los árboles desbordaban en hojas y en botones; los pájaros cantaban entre el ramaje preparando sus nidos; la atmósfera, de una diafanidad purísima, ensanchaba el paisaje. Hasta el Abroñigal, acrecido en corriente por anteriores lluvias, tenía limpieza en sus cristales, y, a cuenta de hedores, enviaba al olfato los perfumes de las florecillas que pintaban sus márgenes.

Encarnación, embellecida por la dicha de ir junto a su Tomás, llamaba la atención de las gentes con los cimbreos de su cuerpo, con el brillo de sus castaños ojos y con la placentera sonrisa de su boca, abierta al amor del galán como los capullos primaverales al beso de la luz. Tomás, bien trajeado por obra de un anticipo de Paquito, con las claras pupilas chispeantes y el negro bigotillo retorciendo sus guías en gavilanes de espada matonesca, ganaba también la atención del ventil mujerío. Con palmadas, olés y buen golpe de mantones de flecos y de flamantes cordobeses tirados a sus pies para que los pisaran, fueron recibidos en el jardincillo del *Chirimba*, donde un piano de manubrio hacía prodigios en manos del *Corbata*, rey indiscutido de la organillera falange.

Acudieron al merendero en homenaje del *Susini* los más afamados personajes y «personajas» del Madrid rufanesco, y vale decir que en la fiesta, fuera parte aquellas expansiones propias a gente moza espoleada por el vino, reinó compostura hasta muy cerca de la noche. Durante el Champagne, de puro *Cordon Rouge*, descorchado a los postres de la comida meridiana, fué preciso que recitara Tomás alguna de sus composiciones: versos, naturalmente. Él, con perfecto conocimiento de su público, escogió de entre sus poesías las que al amor y al desengaño, a la venganza y a los celos cantaban en sencillas estrofas libres de arrumacos retóricos. Eran de ver aquellas mujeres de azaroso vivir llorando como Magdalenas, y aquellos inquilinos del presidio y de la horca vol-

viendo las caras, enjugándose disimuladamente las pestañas para que sus hembras no les viesan llorar...

Al levantarse de la mesa hubo para todos los gustos. El organillo del *Corbata*, para los amantes del *agarrao*; la guitarra y el cante, para los amigos de fandanguillos, malagueñas, soleares, seguidillas y tientos; el baile andaluz y gitano para los «flamencos castizos». Nada faltó a la diversión de la gente; tampoco faltó ella a lo que el respeto del *Susini* exigía. Si al advenir la noche hubo algún descarrío, culpa fué de la misma noche, que no se hizo alumbrar por la luna.

Cantando estaba *la Vaquera*, una «carterista» sin par, coplas montañesas en el salón del merendero, y de mano a mano corrían las cañas de la Manzanilla olorosa, cuando se entraron por la puerta el delegado del distrito, dos inspectores y seis individuos de la secreta ronda. Menos mal que a la puerta quedaron una pareja de la Guardia civil y un cabo del benemérito instituto.

— Lo siento mucho — dijo el delegado, encarándose con *el Susini* —, pero quien manda, manda; la juer-ga concluyó, y todos ustedes se vienen al Gobierno civil. Nada de resistencias, porque traerían un mal lance; nada de escurrir el bulto tampoco, porque sería inútil.

— Pero, don Graciano — interrumpió *el Susini* —, si nosotros, a la de ahora, no hacemos daño a nadie; si a la presente, que yo sepa, no hay ninguno de nosotros pringao, ¿a qué viene lo de estropearnos la broma?

— A que lo dispone el gobernador. La fiesta real es pasado mañana, y hay que ponerlos a recaudo. Por mí... Sólo que, ya lo dije, nada de ruegos, porque es inútil. Esta quincena ni San Pedro os la quita. Está dada la orden, y como aquí era seguro recoger a los principales, pues aquí me tenéis; andando hacia el Gobierno; juntos no, ¿eh?, divididos, sin dar escándalo; para eso he traído gente; haced el emparejado a placer. A eso no me opongo.

— Pero es — dijo *el Susini* — que hay alguien aquí que no pertenece «a la cuerda». Ese no se debe contar en el copo.

— En el Gobierno haremos el expurgo, si para ello hubiere lugar, que lo dudo. Ahora, andando. Gracias, cabo, y hasta otra; afortunadamente, no necesitamos el servicio de ustedes.

No vale decir el grave disgusto de Tomás al verse conducido, aunque fuera disimuladamente, por agentes de la secreta y con tal compañía por las calles y plazas de Madrid, que él imaginaba conquistar antes y con antes por sus méritos y por los de *El Rebelde*; junto a Tomás lloraba Encarnación, retorciéndose las muñecas, maldiciendo la hora en que se les ocurrió asistir al convite de aquel *Susini* de los diablos.

— No apurarse — murmuraba éste —; todo se arreglará; yo me encargo de poner las cosas en claro. Sí, es un fastidio que tú, Tomás, una persona decente, te veas metido en fregaos de esta clase. Por más que uno quiera, siempre perjudica a las gentes honradas

que le hacen el favor de tratarle. Ea, ya llegamos. Gracias a estos amigos, que se han portado como los ángeles, nadie ha podido sospechar que veníamos presos. Caballeros, ahí va pa unas copas, y estimando.

Ya en el Gobierno, Tomás consiguió, no sin muchas dificultades, que pasaran al gobernador civil su tarjeta. Hízole aquél subir, y tras censurar agriamente que un poeta—alguna de cuyas composiciones conocía—, un hijo de familia emparentada con personajes ministrables, se pusiera en ridículo y en peligro alternando con ladrones y mozas de cartilla—concluyó diciendo—: Ande usted con Dios, y si quiere llegar donde le llama su talento, déjese de tan ruines tratos.

—El caso es—murmuró Tomás, balbuciente, rojo como una guinda—, el caso es, señor gobernador, que no estaba solo; conmigo viene una mujer...

—¿De las del oficio del *Susini*?

—No, señor—contestó al delegado—. Es la *Tolodana*. En otro oficio anduvo antes de hoy; pero de ladrona nunca fué pregonada. Ahora vive con este caballero.

—¡También esas! Pues ello es peor, amiguito. Ande con cuidado; por ahí sólo a malas partes se va. ¡Juventud!, ¡juventud!... Que la suelten, Fernández. Usted vuelva por aquí cuando guste, pero no del brazo del *Susini*.

Tomás salió a tropezones del despacho de su excelencia. Al entrar en los sótanos del Gobierno para

recoger a Encarnación, *el Susini* le apretó cordialmente la mano y murmuró en su oído:

—Vale más que te dejes de ciertas amistades, hasta de la mía. Me dolerá si la dejas, porque te aprecio bien. Pero con nosotros... Vaya, que es mala faena ir con nosotros... Llega una vez en que la red te coge; metes la cabeza por sus mallas, y allí te quedas y no sales.

En toda la noche no pudo dormirse Tomás, si bien lo aparentaba para evitar diálogos con Encarnación, que tampoco dormía. Iba el pensamiento del joven por la bochornosa aventura de casa del *Chirimba*, por su paseo a través de Madrid como un criminal, entre agentes de la ronda secreta, por su entrevista con el gobernador y por los consejos que de éste recibiera, ratificados en la despedida del *Susini*.

Indudablemente, siguiendo el camino que llevaba, sólo a su completa perdición llegaría. Menos mal que en su roce con ladrones y prostitutas y tahures no llegó a perder la honradez, gracias a una dignidad, a una conciencia previas del bien, que le sacaban a flote en los momentos de peligro. Pero si no se había deshonrado, se había encanallado. Precisábale variar de existencia, so pena de que su encanallamiento, hasta entonces superficial, se le entrase en la médula del espíritu. ¡Variar de existencia! Al objeto de realizarlo, era preciso concluir con todo lo presente, ¡con todo!... En aquel todo entraba Encarnación, principalmente Encarnación. Antes de convivir con ella no anduvo tan encharcado en los bajos fondos. Unía-

se a la gentuza maleante, pero de raro en raro, por capricho, por aventura, por azar. Después volvía a su centro, a sus camaradas, a su bohemia artística, a su noble vagabundeo en torno de la gloria. ¡Cuán distinta aquella bohemia a la vivida de un año para entonces! El accidente se había hecho esencial, accidental la esencia. Veía a sus compañeros de ambición literaria muy de tarde en tarde; muy de tarde en tarde volvía a sus faenas literarias. En cambio, por una u otra causa, siempre andaba reunido con hampones de todas calañas. ¿Cómo no, si en su vivienda entraban a diario ellos y ellas, como amigos que eran de Encarnación, y si como a tales amigos veíase forzado a tratarlos? Eran el medio, el ambiente quienes tiraban de él. ¡Gracias a que vino a tiempo *El Rebelde* para cautivar sus energías y apartarle, a medias, del mal paso! Había que apartarse definitivamente, como fuera y contra quien fuera.

Pero, ¿y Encarnación?... ¡Maldita hora la en que hizo compromiso formal lo que debió ser pasatiempo!... El caso era que ya... ¡Así se crean los conflictos. Fuera romanticismos, la verdad estaba en que él no abrió las puertas del goce a su querida. Por el mundo andaba ésta cuando se tropezaron. Se fué con él como se pudiera ir con otro. Si su conducta, tocante a fidelidad, no permitía quejas desde aquella primera noche, quizás fuese porque todavía le duraba el capricho. Estas mujeres son así. Al cabo les viene un mal minuto; surge otro hombre que

les agrada más; levantan el vuelo y se alejan. ¿Podría él quejarse si le dejara Encarnación? Sentirlo, acaso. Quejarse, de ninguna manera. Estaba en su derecho, como lo estaría él si realizaba lo propio. No obstante... El golpe era muy duro. Ella no le daba motivo... ¿Qué resolver?... ¿Cómo resolver?... ¡Pícaro voluntad!; porque en su falta de voluntad estribaba la no solución del problema. Y el caso era apremiante; no fué mal aviso el que le dieron en casa del *Chirimba*. Otro resbalón como aquél, y hombre al agua. Menos mal que no se hizo público. Si se hace, buena autoridad hubiera logrado ante la opinión aquel *Rebelde*, dirigido por él, que iba a regenerar el mundo. ¡Con tres días que faltaban para darlo a la venta! Hasta *el Susmi* le abrió de par en par los ojos en la cueva donde no se veía gota. De allí y por los labios de un bandido salió el rayo de luz que le marcaba derrotero. ¿Iba a desperdiciarlo?, ¿a ir nuevamente a tentones por las tinieblas?

Tomás se revolvía en la cama desasosegado, nervioso; cuando su cuerpo tropezaba con el de Encarnación, sentía un erizamiento en la piel; no era deseo, era algo que, sin llegar a la repulsión, rebasaba el desvío y se aproximaba a la lástima. Una vez entreabrió los ojos; a la luz de la lamparilla ardiente al pie del San Antonio, vió los ojos de Encarnación fijos de par en par en él.

Se levantó pronto con el ceño fruncido y los párpados acardenalados; vistióse de prisa y, sin tomar el desayuno que le ofrecía Encarnación, con sonrisa

donde se crispaba la pena, le dijo tartamudeando, sin atreverse a alzar la mirada de sobre los ladrillos:

—A almorzar no me esperes; lo haré hoy en casa de mi madre; ha días no aporto por allí. Después iré al periódico; su próxima aparición no me deja hora libre. Lo probable será que no venga a comer... Si no vengo a tiempo... No me aguardes; come cuando te dé la gana. No regresaré hasta la noche. Eso sí, lo haré lo más pronto que pueda. Adiós.

Y poniendo en labios de su querida un beso muy largo, que, devuelto por ella, metiósele como un remordimiento en el alma, abrió la puerta y tomó escaleras abajo.

Desde la puerta le miró Encarnación ganar el primer tramo; después se inclinó sobre la barandilla para acompañarle en su camino hacia el portal; abrió luego el balcón, y siguió al joven por todo el largo de la calle; al verle desaparecer retrocedió andando de espaldas y se arrojó contra la mesa, rompiendo en sollozos, hundiéndose entre sus brazos la cara, llorando en anchos lagrimones que caían como gotas de lumbré sobre sus manos de marfil.

Al entrar en casa de su madre, Tomás halló a ésta angustiada, presa de inquietud. Ya conocía la mala aventura de su hijo. Informado del suceso por la autoridad gubernativa, el personaje político, pariente de la anciana, la llamó a su despacho y le pronunció un largo discurso censurando la torpe conducta de Tomás y la flaqueza de Dolores, que a tal conducta no ponía remedio. Era el pariente tan corto en pro-

tecciones como largo en consejos. Según él, de la cueva del Gobierno civil a un presidio sólo había para Tomás un paso. Advertido estaba; que diera el paso, si la advertencia no producía efecto, pero que no contara como la otra vez con su ayuda. El personaje podía intervenir en auxilio de una calaverada, nunca en auxilio de un vivir infamante. Lo primero tiene disculpa; lo segundo no; al menos él no pensaba dársela. ¡Que Tomás tuviera en cuenta su rango, y por respeto a la memoria de su padre no arrastrara su apellido por las mesas de las tabernas, por los divanes de las mancebías, por las saturnales de Monipodio! La frase última pareció al grande hombre de perlas, y con ella cerró el discurso.

—Hijo mío — sollozaba doña Dolores, asentada con Tomás frente al retrato del esposo —, abandona esa desdichada existencia; deja a esa mujer, que no te quiere. No, no te quiere. ¡Ella es quien te arrastra!, ¡quien te lleva a la perdición! ¡Es mala; no ha de serlo! ¡Ah, maldita, maldita!... Bien se aprovecha de tu falta de voluntad. ¡Te mete por los ojos su figura de buena moza, te seduce con ella, y allá vas tú donde ella te quiere llevar, donde te llevará si no rompes de una vez para siempre, si no haces caso de esta vieja que no tiene otro amor, ni otro afán, ni otras esperanzas que tú! ¡La odio; nunca me creí capaz de odiar, pero la odio; la odio porque es mala, lo repito, muy mala, tanto como serías bueno tú si esa pícara no se pusiera en tu camino! Hazlo, Tomás — repetía la anciana —. ¡Hazlo por mí, hazlo siquiera

por ese hombre que desde aquel marco nos mira y con sus ojos puestos en nosotros lo pidel...

Hubo una pausa que llenaron los suspiros y los sollozos de la anciana. Tomás, con los párpados enrojecidos, clavó su vista en el retrato. Allí estaba el padre, joven aún, en gallarda apostura, luciendo la cruz laureada en su chaquetilla de húsar, cordoneada de oro; su mano derecha, calzada por el guante, apoyábase en la cintura; su izquierda, desnuda, apretaba el puño del acero; las áureas espuelas parecían retemblar contra los charoles de la bota; el dormán le colgaba del hombro; en la destocada cabeza se acaracolaba el negro pelo; relucían los ojos bravos; el bigote retorció sus fieras puntas en dirección del pómulo, y la perilla se erizaba sobre un mentón enérgico.

¿Qué hubiera dicho el altivo hidalgo, el heroico guerreador, del hijo que abandonaba a su madre y enfangaba su nombre en las más ruines y más despreciables empresas? ¿Qué hubiera dicho? ¿Pues qué!, ¿no lo decían claro sus pupilas enérgicas clavándose tercamente en Tomás?

Éste, deslizándose del diván, cayó ante su madre de rodillas; hundió entre sus rodillas la frente, y dijo con voz trémula:

— Por él lo pides, y por él y por ti lo haré. Esto se terminó.

Hizo camino a la redacción de *El Rebelde* con la frente erguida, las pupilas desafiantes, el paso firme y altanero. Estaba satisfecho de su gran voluntad.

El joven no sabía, al menos conveníale entonces no saberlo, que en estas separaciones de amantes empieza la voluntad cuando fina el amor.

A la tarde, luego de comer en su despacho del periódico, Tomás escribió a Encarnación.

No andaba mal la carta de retórica; ¡así anduviera de lealtades!... «Él no se debía a sí propio. Se debía a su porvenir. La madre anciana reclamaba el apoyo del hijo; el porvenir huiría de él si rompiendo por todo no acudía bravamente a su encuentro. ¿Amarla? La amaba como siempre. A poder, no la dejaría, pero aun no podía llevarla en alto por el mundo. Aquello no era una separación, era un compás de espera. Ahora necesitaba ir solo. De no hacerlo se hundirían los dos. Más adelante volvería a buscarla.» Un cobarde «perdóname» y un pérfido «tuyo a pesar de todo» terminaron la carta.

Al salir de la redacción, Tomás, sacudiendo los hombros como quien concluye de arrojar por tierra un gran peso, se encaminó hacia la calle de las Rejas.

La de Luisa, cuyo antepecho era franqueable, corrió aquella noche sus guardas; por el hueco libre saltó Tomás al gabinete.

Julieta y Romeo no escucharon los trinares del ruiseñor. Fué una codorniz quien les anunció el día.